

TEO APRENDE UNA LECCIÓN

Había una vez un niño llamado Teo que tenía un pequeño gran problema: no respetaba a nadie. Era maleducado, ruidoso y le encantaba hacer travesuras. Un día, la clase de Teo fue de excursión a la Granja Escuela. A todos les encantaba la idea, excepto a él, que pensaba que sería aburrido.

—¿A una granja? ¡Bah! ¡Vaya tontería! —pensaba Teo.

Un gran autobús los esperaba en la puerta del colegio. Todos los niños estaban impacientes, haciendo una fila para subir en orden, pero a Teo eso no le importaba. Empujaba a sus compañeros porque quería ser el primero.

—¡Cuidado, Teo, no empujes! —le decían todos.

Nada más entrar al autobús, le quitó de un empujón el asiento a Sofía.

—¡Eh, ese era mi asiento! —protestó Sofía.

—¡Pues ahora es mío! Quiero ir al lado de la ventana —dijo Teo, burlándose de ella.

Cuando llegaron a la granja, una monitora llamada Laura los esperaba. Luego, les dio una pequeña charla sobre cómo debían comportarse allí.

—Niños, en la granja viven muchos animales y debemos tratarlos bien, ya que son seres vivos y merecen nuestro respeto. Así que, por favor, no los molestéis y disfrutad del día. ¿De acuerdo?

—¡Sí, Laura! —respondieron todos los niños, menos Teo, que estaba demasiado ocupado haciendo muecas. La primera parada fue el gallinero.

—¡Javier, mira esas gallinas! ¡Apuesto a que te pareces a una de ellas! ¡Co, co, co! —dijo Teo riéndose.

Javier se sintió herido y se apartó, mientras Teo continuaba riendo. Más tarde, fueron a ver a los cerdos. Uno de ellos, Donato, estaba tranquilamente descansando en el barro cuando Teo decidió gastarle una broma.

—¡Qué mal hueles! ¿Quieres una ducha? —y le lanzó un cubo de agua.

Donato gruñó, no muy contento, mientras Teo se reía a carcajadas. Los compañeros que lo vieron le dijeron que parara.

—Teo, para, no es gracioso. ¡Estás siendo muy grosero! —dijo Marta.

—¡Bah, sois unos aburridos porque no sabéis cómo divertirlos! —respondió Teo. Finalmente, llegaron a la pradera, donde un grupo de ovejas pastaba pacíficamente. Teo decidió asustarlas haciendo ruidos extraños:

—¡Buuuh! ¡Soy un lobo feroz! ¡Voy a comeros!—Las pobres ovejitas salieron corriendo, asustadas. Varios compañeros, como Carlos y Ana, miraron a Teo.



—No entiendo por qué siempre tienes que ser tan molesto —dijo Carlos, mientras Ana asentía. En ese momento, la monitora Laura, que había estado observando todo, decidió intervenir.

—Teo, ven aquí un momento, por favor —dijo con voz firme. Teo, que aún se estaba riendo, se acercó sin ganas.

—¿Qué pasa, monitora Laura? ¡Solo me estaba divirtiendo!—

—Teo, ¿crees que lo que has hecho ha sido divertido? —preguntó Laura, mirándole a los ojos.

—Pues claro, ¡los animales no entienden nada! —dijo Teo. Laura suspiró y luego sonrió levemente.

—Tengo una idea. ¿Qué te parece si tú y yo intercambiamos roles por un momento? Tú serás el monitor y yo seré uno de los animales o uno de tus compañeros. Puedes decirme lo que quieras.— Teo, sin pensarlo mucho, aceptó.

—¡Genial! Entonces, ¡eres una gallina asustada! —dijo Teo.

—¡Co, co, co! —dijo Laura, actuando como una gallina—. ¿Por qué me llamas asustada? Solo estoy buscando comida para mis pollitos.—Teo se quedó en silencio. No sabía qué decir.

—Ahora soy Donato, el cerdo —dijo Laura, gruñendo—. ¡Oinc, oinc! Me gusta estar en el barro porque me refresca y me mantiene limpio. ¿Por qué me lanzaste agua? ¿No sabes que me puedo enfermar? ¡Oinc, oinc!—Teo comenzó a sentirse incómodo.

—Y ahora soy uno de tus compañeros, como Javier —continuó Laura, cambiando su voz—. Solo quería pasar un buen día en la granja, pero me siento mal porque me molestaste y me insultaste. ¿Por qué lo hiciste? ¿Qué te he hecho yo?—Teo empezó a darse cuenta de lo que había hecho.

No era divertido molestar a los demás, ni a los animales ni a las personas.

—Lo siento, Laura —dijo Teo, bajando la cabeza—. No me di cuenta de que estaba siendo un maleducado. Laura le sonrió.

—Está bien, Teo. Respetar a los demás, ya sean personas o animales, es fundamental. Todos merecen ser tratados con amabilidad. Recuerda, trata a los demás como te gustaría que te trataran a ti.—

Desde ese momento, Teo decidió cambiar. Se acercó al gallinero y, en lugar de molestar, dio de comer a las gallinas, viendo cómo picoteaban tranquilas. Luego fue a ver a Donato, el cerdo, y le llevó comida en lugar de gastarle bromas.

Finalmente, ayudó a guiar a las ovejas sin asustarlas hasta el corralito. La monitora Laura, al ver su cambio, le sonrió y le dijo:

—Hoy has aprendido lo importante que es ser amable y respetuoso.—

Teo aprendió la lección y, desde entonces, trató a todos, animales y personas, con el respeto que merecían.

FIN

Reuteri 